

708.007

30-IV-1974 . P.35

EL MERCURIO. SANTIAGO

Crítica de teatro.-

"La Kermesse"

Una alcachofa engañosamente simple, de hojas puntiagudas, que recién al final revela su corazón amargo. Todo lo chocante o grotesco, lo incongruente o absurdo que hemos presenciado antes, de súbito recibe su perspectiva gracias a una luz nueva e inusitada.

Durante más de una hora el espectador es llevado por eminencias y abismos, desde la jocosidad irresistible a estremecimientos de poesía, indignación o espanto. Hasta el último instante ignora si los blancos a que apunta "La Kermesse", de José Pineda, son reales o sólo pretextos. Dicha ambigüedad se refleja con bastante nitidez en la "regie" de Enrique Noisvander. Su pequeño grupo y una actriz invitada, amén de varios alumnos, logran efectos cuya intensidad se debe en parte considerable a la puesta en escena.

Esta kermesse surrealista con su texto que mezcla prosa y comiquísimos versos de ciego, magistralmente entregados, parece un calidoscopio de impresiones cambiantes. María Cánepa muestra ingentes dotes histriónicas en su papel que es un extraño cóctel de humor y tragedia. Con la vena festiva contrasta la maravillosa escena ante el crucifijo, donde la monja descubre el fondo de su alma. De Salomé, Pachy Torreblanca desarrolla enorme gracia y saca partido de cada particularidad física. Su talento extraordinario se manifiesta, igualmente, en la personificación de la madre de Moisés.

Excelente, Mario Rojas como San Juan Bautista y Hernán Arellano en su expresiva mudez. Noisvander mismo presta perfiles dramáticos singulares al borracho consuetudinario. Dicen que la compañía quiere, de aquí en adelante, volver a dedicarse exclusivamente a la pantomima pura, y ha trascendido, también, con cuántas dudas aceptó el propio director, hace pocos años, su primer papel hablado. Sin embargo, creemos que significaría un empobrecimiento del teatro chileno si en el futuro tuviéramos que renunciar a vivencias de tal suspenso y vibración como lo fue el monólogo, repetido en distintas tonalidades, del ex trapecista.

Muy eficaces el vestuario y la escenografía de Sergio Zapata. La simpática coreografía se debe, seguramente, a Hernán Baldrich. Bien cumplen sus tareas menores Pedro Aravena, Iván Obilinovic, Eduardo Lorca, Alfredo Castro, Verónica Urzúa, Paula Vargas y Luz Berrios.

Los reparos son pocos. La música, de por sí insignificante, a veces disminuye la inteligibilidad de las palabras. La obra tiene ocasionales flaquezas o larguras —pensamos, por ejemplo, en el himno inicial del Saint John Baptist School— y evoca algunas reminiscencias de piezas que se han visto aquí en los últimos años. Apenas importa, al lado de los numerosos aciertos que llenan al escenario del Teatro Petropol con una vida impresionante.

Federico Heinlein